

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**DIOS PROVEERÁ A TODAS TUS NECESIDADES
ESPIRITUALES Y CORPORALES
COMO EN LA VIDA DE LOS SANTOS**

S. MILLÁN – 2021

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

S. Juan de Dios.
Beata Ana Catalina Emmerick.
San Juan Bosco.
Beata Rosa Gattorno.
Santa Teresita del Niño Jesús.
San José Benito Cottolengo.
San Luis Orione.
Beato Giovanni Calabria.
Fulton Sheen.
Santo padre Pío de Pietrelcina.
Santa Madre Teresa de Calcuta.
Santa Catalina de Siena.
Beata Esperanza de Jesús.
P. Giovanni Salerno.
San Miguel de los santos.
Santo Tomás de Villanueva.
Santa Maravillas de Jesús.
Sor Rita Montella.
Beata Elena Aiello.
Santa María Soledad Torres Acosta.
Beata María Pilar Izquierdo.
Santa Liduvina.
Santa Clara de Montefalco.
Santa Juan Francisca Fremiot de Chantal.
Santa Laura Montoya.
Sor Juan Macías.
Santa María Magdalena de Pazzi.
San José de Leonisa.
Santa Inés de Montepulciano.

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

En la vida puede haber momentos en los que no tenemos nada para comer, sea por una pandemia o porque no hay alimentos disponibles en la guerra o en circunstancias especiales en que nos encontremos, quizás solos en un lugar apartado de la civilización. De todos modos, Dios está siempre a nuestro lado y en la medida en que nosotros lo amamos y confiamos en él, se nos manifiesta con todo su poder para poder atendernos a nosotros sus hijos en todas nuestras necesidades espirituales o corporales. Jesús ya nos aseguró por medio de san Pablo: *Dios proveerá a todas vuestras necesidades según sus riquezas en Cristo Jesús* (Fil 4, 19).

En la vida de los santos vemos ciertamente cómo Dios no los desamparó en momentos difíciles por la falta de alimentos y no permitió que murieran de hambre. A veces lo hacía personalmente por medio de milagros espectaculares, otras veces por medio de personas bienhechoras que acudían en auxilio de su necesidad en los momentos claves. En alguna ocasión lo hizo simplemente, haciendo que un poquito de alimento pudiera dar energía y fortaleza como si hubieran tomado una buena y rica comida. Y esto puede hacerlo por un día o por muchos días. No olvidemos que algunos santos han tenido el don de la inedia, de vivir durante muchos años sin comer ni beber e, incluso, algunos sin dormir.

Por esto en momentos difíciles de la vida, sea cual sea nuestra necesidad corporal o espiritual, incluso de salud del cuerpo o del alma, podemos confiar en Dios y pedirle su ayuda, sabiendo que él nunca nos abandonará y que Él está pendiente en todo momento de nosotros para ayudarnos como a hijos queridos. Solamente nos pide que confiemos en Él, es decir, que tengamos fe en su amor y en su poder. Lo demás corre por su cuenta. Y hace milagros sorprendentes cuando menos lo pensamos y de la manera menos esperada para gloria de su nombre y aumento de la fe de los creyentes. Amén

SAN JUAN DE DIOS (1495-1550)

Nos dice: *Son tantos los pobres que aquí llegan que yo mismo, muchas veces, estoy espantado cómo se pueden sustentar, pero Jesucristo lo provee todo y les da de comer. Como la ciudad (Granada) es grande y muy fría, especialmente ahora en invierno, son muchos los pobres que llegan a esta casa de Dios. Entre todos, enfermos y sanos, gente de servicio y peregrinos, hay más de ciento diez. Como esta casa es general, reciben en ella generalmente de todas las enfermedades y suerte de gentes, así que aquí hay tullidos, mancos, leprosos, mudos, locos, parálíticos y, sin éstos, otros muchos peregrinos y viandantes, que aquí se allegan y les dan fuego y agua, sal y vasijas para guisar de comer. Para todo esto no hay renta, pero Jesucristo lo provee todo* ¹.

BEATA ANA CATALINA EMMERICK (1774-1824)

Ella se preocupaba mucho de los pobres y, aun estando enferma, procuraba, cuando podía, hacer labores de tejido para darles a los pobres su valor. En una ocasión, dice ella, *el vizconde de Galen me obligó a recibir dos piezas de oro, que debía repartir a los pobres en su nombre. Las hice cambiar en monedas pequeñas y con el producto de ellas mandé hacer vestidos y calzados que luego distribuí. Hubo una maravillosa bendición de Dios sobre esas monedas, pues todas las veces que las distribuía en partes, volvía a encontrar las dos piezas de oro en mi bolsillo y así las hacía cambiar de nuevo. Esto duró más de un año y con ese dinero socorrí a muchos pobres* ².

SAN JUAN BOSCO (1815-1888)

A principios de 1858, Don Bosco tenía que pagar una gruesa deuda para el 20 de enero y no poseía ni un céntimo. Estaban ya a 12 del mes y no se veía ninguna solución. En tales estrecheces, Don Bosco dijo a algunos jóvenes: “Hoy iré a Turín y vosotros, durante el tiempo que esté fuera, turnaos uno a uno delante del sagrario rezando”. Mientras Don Bosco caminaba por Turín, se le acercó un desconocido y tras el saludo le preguntó:

- *Don Bosco, ¿necesita Ud. dinero?*
- *Ya lo creo.*

¹ Cuaderno de cartas del archivo general de la Orden hospitalaria de san Juan de Dios, folios 23,24 y 27.

² Ana Catalina Emmerick, *Visiones y Revelaciones*, Ed Guadalupe, México, 1944, primera parte, libro 1, p. 219

- *Si es así, tome; y le ofreció un sobre con varios billetes de mil, alejándose con premura. Era un rasgo de la providencia y Don Bosco mandó inmediatamente que se pagara a su acreedor*³.

Un día de 1859, Don Bosco bajó al refectorio, no para comer, sino para salir. Les dijo: “Hoy no puedo comer a la hora acostumbrada. Necesito que, cuando salgáis del comedor, haya siempre uno de vosotros hasta las tres con algún chico escogido entre los mejores, rezando ante el Santísimo sacramento. Esta tarde, si obtengo la gracia que nos es necesaria, os explicaré la razón de mis plegarias”.

Don Bosco volvió al atardecer y dijo, respondiendo a las preguntas: “Hoy a las tres, vencía un compromiso serio con el librero Paravia de 10.000 liras. También urgían otras deudas, que alcanzaban también otras 10.000 liras. He salido en busca de la providencia sin saber a dónde iba.

Al llegar a la Consolata, entré y rogué a la Virgen que me consolara. Al llegar a la iglesia de santo Tomás, se me acerca un señor muy bien vestido que me dice:

- *¿Usted es Don Bosco?*
- *Sí, para servirle.*
- *Mi patrón me ha encargado que le entregue este sobre. Hubo suficiente para que pagara todas las deudas urgentísimas*⁴.

Un día de 1860, después de la misa, no había para dar a cada chico el panecillo para el desayuno. Ese día, no había pan en casa y el panadero ya no quería fiar más hasta que no le pagaran lo que le debían. Entonces, Don Bosco dijo a dos chicos:

- *Id a la despensa y juntad todo el pan que encontréis y todo lo que podáis hallar en los comedores.*

Había muy poquitos panecillos y no alcanzaban para todos. Don Bosco, después de confesar, se dirigió a distribuir los panecillos. El cesto del pan tenía unos quince panecillos. Y Don Bosco se puso a distribuirlos a unos cuatrocientos jóvenes. Al terminar, quedaba la misma cantidad que al principio. Éste es el milagro de la multiplicación de los panes. En otra oportunidad, fue la multiplicación de las castañas o la multiplicación de las hostias consagradas hasta

³ Memorias biográficas VI, 174.

⁴ ib. VI, 175.

en 4 oportunidades. En todos estos milagros, Dios, con su providencia, premiaba la fe de Don Bosco y lo socorría en sus necesidades.

En julio de 1885, el cardenal Alimonda, que era su amigo, fue a visitarlo a Mathi y le preguntó:

- *¿Cómo andan sus finanzas?*
- *Hoy mismo debo pagar 30.000 liras y no las tengo.*
- *¿Cómo se las arreglará?*
- *Espero en la providencia. Acaba de llegarme una carta certificada, veamos lo que hay dentro.*
Abierto el sobre, apareció un talón bancario de 30.000 liras. Al cardenal se le saltaron las lágrimas ⁵.

El 23 de febrero de 1887, el terremoto castigó a la casa de Vallecrosia. Un ingeniero hizo la evaluación de las reparaciones, que hacían falta, y presentó un presupuesto por 6.000 liras. Don Bosco confió en la providencia. Después de comer, entró el conde Maistre, antiguo bienhechor de Don Bosco, y le dijo:

- *Mi tía me ha encomendado darle para sus obras 6.000 liras.*

Don Bosco, conmovido, presentó al conde el informe del ingeniero diciendo:

- *Vea cómo María Auxiliadora ha inspirado a su tía. Transmítale nuestra gratitud por la generosa providencia.*

BEATA ROSA GATTORNO (1831-1900)

Ella cuenta: El 17 de junio de 1890, *mientras pagaba las cuentas, que eran muchas, me conmovía, porque el dinero me crecía en las manos; siempre daba y éste se multiplicaba... El 11 de abril de 1892, en la mañana, antes de salir de la iglesia, pedí a Dios me ayudase con su providencia. Fui donde tenía el dinero que debía servirme, sabiendo que faltaba mucho para pagar cierta suma. ¡Oh, sorpresa! ¡Abriendo el cajoncito, encontré el dinero duplicado, más de lo que necesitaba! Arrojándome a los pies del altar, se lo agradecí con toda la fuerza de mi alma... Tuve que hacerme gran violencia para que no se dieran cuenta las demás del consuelo que experimentaba ⁶.*

⁵ Ib. XVII, 484.

⁶ Gattorno Rosa, *Memorias*, Ed congregación Hijas de Santa Ana, Roma, 2004, pp. 1023 y 1118.

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS (1873-1897)

Es famoso el milagro, realizado por santa Teresita del Niño Jesús en el convento de las carmelitas descalzas de Gallípoli (Italia) en enero de 1910. La Priora estaba triste y angustiada, porque tenía muchas novicias y no podía pagar todas las deudas que se acumulaban para seguirlas sustentando. Una tarde, se le apareció santa Teresita y la tranquilizó y le aseguró que le ayudaría en esa difícil situación. De hecho, la Madre Priora encontró milagrosamente en la caja de la comunidad una extraordinaria cantidad de dinero, suficiente para cancelar todas las deudas acumuladas y seguir sustentando a sus novicias.

El obispo decidió investigar este suceso y, siguiendo la pista proporcionada por la numeración de los billetes de 50 liras, logró descubrir que esa gran cantidad de dinero, con que santa Teresita había proveído al Monasterio, había sido rescatada por la santa de las ruinas del gran terremoto de Mesina. Pertenece al lote de divisas que el Banco de Italia de Nápoles había remitido al Banco de Italia de Mesina, donde había desaparecido bajo los escombros del terrible sismo. Este milagro fue considerado para su beatificación, que tuvo lugar el 29 de abril de 1923.

SAN JOSÉ BENITO COTTOLENGO (1786-1842)

Es un santo que creía especialmente en la providencia de Dios. Su vida de caridad y amor a los más pobres y enfermos comenzó un 2 de septiembre de 1827. Una mujer francesa, Ana María Gonnet, llegó a *Turín* con su esposo y sus cinco hijos. Ella estaba embarazada y muy enferma y no la querían recibir en ningún hospital de la ciudad, muriendo a las pocas horas. Don José Cottolengo había acudido a darle la unción de los enfermos y, ante su cadáver, inspirado por Dios, sintió la necesidad de crear hospitales para atender a aquellos enfermos que nadie recibía. Así comenzó su obra social, basada en la divina providencia. Al principio, fue solamente una pequeña casa, que tuvo que cerrar por orden del Gobierno, pero después comenzó otra nueva en los suburbios de Turín, *Pequeña casa de la divina providencia*. Actualmente, hay cien casas como ésta de pequeños cottolengos en Italia, USA, India y África.

Para atender a sus enfermos fundó una Congregación de religiosos y otra de religiosas. También fundó varios conventos de vida contemplativa.

Durante su vida, atendía a cientos de enfermos, a quienes daba de comer gratuitamente con ayuda de bienhechores, que eran para él la mano de la divina providencia. Sin embargo, en algunas ocasiones, la providencia le hacía esperar y

hasta en alguna oportunidad lo denunciaron por no pagar. Pero, de hecho, ninguno de sus acreedores quedó sin pagar y todos hicieron buen negocio con él. Se puede decir, en verdad, que todas sus obras sociales las hizo con crédito y en nombre de la divina providencia.

En una oportunidad, las deudas eran de 100.000 liras; entonces un obrero ganaba una lira y media al día y un médico ganaba de mil a dos mil liras en todo un año. En ese tiempo, daban de comer y atendían gratuitamente a 900 enfermos diarios. Algunos acreedores lo denunciaron al arzobispo y ante la justicia. Pero en menos de dos meses pagó la deuda. El rey le envió 5.000 liras, el canónigo Valletti dejó 36.000 liras en herencia y el senador Giuseppe Roberi le dio una propiedad de 40.000 liras. Ellos fueron, en esa oportunidad, los instrumentos de la providencia para pagar sus deudas. En el momento de su muerte, todas las deudas que tenía quedaron pagadas con la herencia del canónigo Anglesio, que sucedió al santo en la conducción de la obra social.

De san José Cottolengo solía decirse que tenía más fe en Dios y en su providencia que todos los habitantes de Turín juntos. Él decía a sus colaboradores: *Si guardamos pan y dinero para mañana, para el mes próximo o para el año que viene, ofendemos la providencia divina, pues ella es la misma hoy, mañana y siempre.* Decía también: *El Señor piensa en nosotros más de lo que nosotros pensamos en Él y hace todas las cosas infinitamente mejor de lo que nosotros podemos pensar. Su providencia hace siempre las cosas bien.*

A la Virgen la nombró señora y patrona de la *Pequeña casa de la divina providencia.*

SAN LUIS ORIONE (1872-1940)

Fundó la pequeña obra de la divina providencia para educar a la juventud y atender a los más necesitados. También fundó una Congregación de religiosos y otra religiosas, para que continuaran su obra.

Un día, Don Orione estaba especialmente apretado por las deudas, ya no le querían fiar el pan ni otros alimentos para sus niños necesitados. Todos rezaron a san José con fervor. Y, durante la novena, se presenta un señor, que quería hablar con él. Era joven, con barba rubia. Le dijo: *¿Ud. es el superior? Aquí está una ofrenda para Ud.*

- *Pero ¿hay que celebrar alguna misa o debo hacer algo por Ud.?*
- *No, solamente continuar rezando.*

Hizo una venia con la cabeza y se retiró. Todavía no salía de su asombro Don Orione, cuando algunos presentes dijeron que aquel hombre tenía un algo celestial. Y, entonces, apenas tres minutos después, salieron tras sus pasos, pero ya no lo vieron más. Algunos decían que era el mismo san José, a quien le estaban rezando. Lo cierto es que le dio la cantidad suficiente para pagar las deudas más grandes y más urgentes y le dejó con un alivio enorme en su corazón⁷.

Un día de 1900, le regalaron un par de zapatos nuevos. Tuvo que acompañar a un médico, que no era creyente, en una visita a un enfermo. Mientras el médico visitaba al enfermo, se le acercó un mendigo y le pidió algo. Don Orione no lo pensó dos veces y le dio sus zapatos nuevos y se quedó sin zapatos. Cuando regresó el médico, le reprendió, pero se quedó admirado de aquella acción. Años después, en 1924, este mismo médico fue asaltado por un delincuente que le disparó y lo dejó entre la vida y la muerte. En el hospital, tanto el capellán como las religiosas, le insinuaban la idea de confesarse, pero él no quería. Finalmente, manifestó su deseo de confesarse con Don Orione. Don Orione llegó desde Roma, donde se encontraba, y lo confesó y le dio la comunión. Y decía: *En la economía de la providencia, incluso un par de zapatos regalados pueden servir para la conquista de un alma* ⁸.

El año 1922, quería Don Orione comprar una hermosa propiedad, que costaba 400.000 liras, pero no tenía ni un céntimo. Como siempre, empezó a rezar por esta intención y también buscó ayudas humanas. Fue en busca de una viejecita millonaria, que vivía sola y sin familia, a ver si le podía ayudar en aquella circunstancia; pero la señora, que era muy avara, no le dio más que 30 liras para una misa y lo despidió de mala manera.

Él no se desanimó y siguió orando. Al día siguiente, volvió donde la anciana para decirle que ya había celebrado la misa. Pero ella lo despidió de peor manera y le dijo que no la volviera a molestar más. Entonces, empezó a acudir a todos los santos, sobre todo a la Virgen María, de quien era tan devoto. Una tarde se fue al cementerio a rezar rosarios a las almas benditas, para pedirles ayuda. A los tres días, vino la viejecita a su casa, gritándole: *Usted quiere matarme, ¿cómo es posible que usted, un sacerdote, se meta en mi habitación por las noches y me esté mirando con esos ojos como si yo fuera un demonio?*

La señora llevaba tres días sin dormir, porque decía que, por las noches, Don Orione entraba en su habitación y, sin decirle nada, la miraba fijamente. Trató de asegurarle que no era él, que, además, no podría entrar, teniendo ella la

⁷ Andrea Gemma, *I fioretti di Don Orione*, Ed Dehoniane, Bologna, 2002, pp. 70-71.

⁸ Ib. p. 100.

puerta cerrada. Pero ella le dijo: *Si Ud. me deja dormir tranquila y no viene más a mi habitación, le daré 150.000 liras. Aceptó y comprendió que quien se le aparecía era un alma del purgatorio* ⁹.

El 9 de abril de 1929 le robaron sus documentos, mientras rezaba en una iglesia. Le habían robado el permiso para viajar gratis en tren y tuvo que acudir al Ministerio correspondiente para pedir un nuevo permiso. Después de algunas esperas y trámites, el jefe de la oficina se quedó tan admirado de su comportamiento y de sus palabras que le pidió confesión y, a continuación, lo hizo también otro segundo empleado. Y decía Don Orione: *Dios permite el mal para sacar el bien. Dios permitió que me robasen para darme la ocasión de salvar dos almas. ¡Que se vaya el dinero y que vengan las almas!* ¹⁰.

Un día en que tenía grandes deudas, fue a visitar a un millonario, que era conocido por su escandalosa vida. Don Orione le habló de sus obras y necesidades. Aquel hombre le dio 200.000 liras y él decía: *La providencia también se sirve de pecadores, que quieren convertirse.*

BEATO GIOVANNI CALABRIA (+1954)

Contaba que un día, siendo joven sacerdote, no podía dormir y se puso a leer el Evangelio y lo leyó todo en una noche. Y sintió una emoción extraordinaria, como si nunca lo hubiera leído anteriormente. Empezó a descubrir el amor de Dios en cada una de las páginas del Evangelio, sobre todo, cuando Jesús habla de que el Padre celeste cuida de los pájaros y de las flores; y descubrió la gran verdad del amor providente de Dios sobre todas sus criaturas. A partir de ese momento, decidió poner en práctica esta gran verdad. Y acogía a todos los niños pobres que encontraba y Dios no le hacía faltar el alimento a través de bienhechores y, a veces, incluso Dios venía a ayudarlo palpablemente con milagros especiales.

Por ejemplo, en una oportunidad quiso comprar una casa más grande, porque la que tenía era demasiado pequeña para acoger a todos sus niños. Por fin, encontró una apropiada e hizo el contrato. No tenía dinero, pero confiaba en la providencia y ésta no le faltó, y compró aquella casa. Para continuar su obra, buscó personas disponibles y fundó la Congregación de los Siervos Pobres de la divina providencia y las Siervas Pobres de la divina providencia.

⁹ Ib. p. 148.

¹⁰ Ib. p. 160.

Muchas veces, meditaba en las palabras de Jesús: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura*. Y se emocionaba al comprobar que era cierto y que podía asegurarlo por propia experiencia. Y decía: *O se cree o no se cree en el Evangelio. Si se cree en él, debemos creer en el amor de Dios y en su providencia amorosa*.

Un día necesitaba dinero para pagar las deudas. Fue al correo, esperando alguna buena noticia, pero sólo encontró cincuenta liras. Entonces, se fue a buscar a unos pobres de la vecindad para dárselas, convencido de que la providencia lo ayudaría de esa manera, pues Jesús dijo: *Dad y se os dará* (Lc 6,38) y así sucedió.

A los religiosos de su Congregación les decía: *El fin de la Congregación es el de reavivar en el mundo la fe y confianza en Dios Padre mediante el abandono total en las manos de su divina providencia, según la enseñanza de Jesús: Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura*.

FULTON SHEEN, arzobispo de Nueva York

Nos manifiesta: *Estaba estudiando en la Universidad de Lovaina (Bélgica) y, deseando celebrar el quinto aniversario de mi ordenación sacerdotal, decidí ir a Lourdes. Tenía dinero bastante para ir a Lourdes, pero no el suficiente para vivir allí, una vez que hubiese llegado. Yo decidí que, si tenía fe suficiente para ir a Lourdes, le incumbía a Nuestra Señora el proporcionarme alojamiento. Llegué a Lourdes, sin un céntimo, me hospedé en uno de los mejores hoteles de Lourdes, que no era muy bueno. Yo había decidido que, si la Santísima Virgen iba a pagar la cuenta de mi hotel, lo mismo le daría pagar la de uno grande que la de uno pequeño*.

Mi propósito era permanecer nueve días y hacer una novena de súplica. Al quinto día, recibí la cuenta del hotel: era realmente aterradora. Tuve visiones de gendarmes, cárceles francesas, abogados americanos... Así llegó el noveno día. Por la mañana, nada sucedió. La cosa se puso seria. Decidí dar a la Virgen otra oportunidad. Me dirigí a la gruta a eso de las diez de la noche y me arrodillé para hacer una última súplica. Mientras estaba allí arrodillado, un señor me dio un golpecito en el hombro y dijo:

- *¿Es usted americano?*
- *Sí.*
- *¿Habla usted francés?*
- *Sí.*

Y me propuso ir con su familia a París y hacer de intérprete. Después me preguntó algo realmente interesante: ¿Ha pagado ya la cuenta del hotel? Yo le entregué la cuenta. Fuimos a París, donde estuve con él una semana. Al terminar me preguntó:

- *¿Le importaría llevarse mi dirección al pie de un cheque?*
- *No, le respondí.*

Regresé a Lovaina con mucho más dinero del que tenía al salir... La enseñanza es que los milagros que empezaron en Caná de Galilea por intercesión de María, aún no han terminado ¹¹.

SANTO PADRE PÍO DE PIETRELCINA

Se cuenta que, muchas veces, tenía problemas para pagar los gastos de los obreros y de las obras de gran complejo hospitalario de la Casa Sollievo della Sofferenza, que se estaba construyendo en San Giovanni Rotondo, al sur de Italia. Pero él siempre confiaba en la providencia divina y nunca fue defraudado. Guglielmo Sanguinetti o Carlo Kisvarday, que eran sus íntimos colaboradores, eran testigos de cómo, con frecuencia, en los últimos momentos venía una ayuda por correo o algún bienhechor se hacía presente. Nunca faltó lo esencial para solucionar los problemas más urgentes. Por eso, el confiar en la providencia divina es siempre un *buen negocio*, pues Dios nunca se va a dejar ganar en generosidad ni permitirá que seamos defraudados. A veces, puede tardar, para hacernos sentir más la necesidad de acudir a Él, pero, al final, siempre cumple su promesa y siempre acude en nuestro socorro en todas nuestras necesidades.

SANTA MADRE TERESA DE CALCUTA

Decía muchas veces: *En lo que atañe a los bienes materiales, nosotras dependemos por completo de la providencia de Dios. Jamás nos hemos visto obligadas a rechazar a alguien por falta de medios. Siempre ha habido una cama más, un plato más. Porque Dios se ocupa de sus hijos pobres ¹².*

En Calcuta damos de comer cada día a 10.000 enfermos. Un día vino la hermana encargada de la comida y me dijo:

¹¹ Sheen Fulton, *La vida merece vivirse*, Ed Planeta, Barcelona, 1961, pp. 245-246.

¹² Pedro Arribas, *Testamento de la M. Teresa de Calcuta*, Ed Lumen, Buenos Aires, 1997 y *Mi Comunidad son los pobres*, Ed. Trípode, Caracas, 1990.

- *Madre, no tenemos nada para dar de comer a tanta gente.*

Yo me sentí muy sorprendida, porque era la primera vez que ocurría algo así. Pero, a las nueve de la mañana, llegó un camión abarrotado de pan. Todos los días el gobierno daba a los niños de las escuelas pobres un trozo de pan y un vaso de leche. No sé por qué razón, las escuelas de la ciudad, aquel día, permanecieron cerradas y todo el pan nos lo enviaron. Como ven, Dios había cerrado las escuelas, porque no podía permitir que nuestras gentes se quedasen sin comida. Y fue la primera vez que pudieron comer pan de buena calidad hasta saciarse por completo.

Un día no teníamos absolutamente nada para cenar. Y no nos faltaba apetito. Inesperadamente, se presentó una señora a la que ninguna de nosotras conocíamos. Nos dijo: “No sé por qué, pero me he sentido empujada a traerles estas bolsas de arroz. Espero que les sean útiles”. Al abrirlas, nos dimos cuenta de que contenían, exactamente, lo que necesitábamos para la cena.

Cuando abrimos nuestra primera casa en Nueva York, el cardenal Cooke parecía muy preocupado por el mantenimiento de las hermanas y decidió asignar una cantidad mensual a este fin. Yo no quería ofenderle, pero, al mismo tiempo, tenía que explicarle que nosotras dependemos de la divina providencia, que jamás nos ha faltado. Por eso, al término de la conversación, le dije, medio en broma: Eminencia, ¿acaso piensa que va a ser justamente en Nueva York, donde Dios tenga que declararse en quiebra?

En una oportunidad, buscábamos una casa en Londres para abrir nuestro noviciado europeo. Tropezamos con numerosas dificultades. Tras no pocas gestiones inútiles, se nos informó que una señora inglesa disponía de lo que nosotros necesitábamos. Ella nos dijo: “Ciertamente, tengo una casa a la venta, pero cuesta 6.500 libras esterlinas a pagar al contado”.

Durante varios días, dos hermanas dieron vueltas por la ciudad, haciendo visitas, dando conferencias, hablando por radio... Y empezaron a llegar donaciones. Una noche, las hermanas se decidieron a contar lo que había llegado: Eran exactamente 6.500 libras esterlinas. Y, a la mañana siguiente, compramos la casa ¹³.

Nuestra confianza en la providencia se resume en una firme y vigorosa fe en que Dios puede ayudarnos y nos ayudará. Que puede, es evidente, porque es

¹³ González-Bolado José Luis, *Cristo en los arrabales*, Ed Paulinas, Madrid, 1974, pp. 185-186.

omnipotente; que lo hará es cierto, porque lo prometió en muchos pasajes del Evangelio y Él es infinitamente fiel a sus promesas ¹⁴.

Un señor muy rico quería darnos mucho dinero, pero puso la condición de que la cuenta, que pondría en el banco, no debería ser tocada. Sería como un seguro para nuestro trabajo. Le contesté diciéndole que antes de ofender a Dios, prefería ofenderle a él, aunque estaba agradecida por su generosidad. No podía aceptar su dinero, porque todos estos años Dios ha cuidado de nosotras y el seguro de su dinero restaría vida a nuestro trabajo. Sería como desconfiar de la providencia. Por otra parte, no podría tener dinero en el banco, mientras hubiese gente que estuviera pasando necesidad.

Parece ser que la carta le impresionó, porque antes de morir, nos envió una suma muy importante de dinero. En resumidas cuentas, nos entregó toda su fortuna ¹⁵.

En México, con motivo de la campaña de Navidad, las hermanas preparaban las despensas o bolsas de alimentos para entregárselas a las familias pobres. La fábrica de Pan Bimbo se había comprometido a enviar todo el pan necesario para incluirlo en las bolsas. Apenas pasado el día de Navidad, se presentó el gerente de Pan Bimbo, totalmente avergonzado y confuso por no haber cumplido con su compromiso. Pedía mil disculpas por un olvido tan lamentable. La hermana que le atendió le contestó:

- *Señor, trajeron pan y en abundancia.*
- *Imposible, de la fábrica no sale ni una miga de pan sin mi permiso.*
- *Bueno, habrá otro gerente, que se cuida de que en la Navidad no les falte el pan a sus hijos más pobres* ¹⁶.

Hace unos días, llegó un hombre a nuestra Casa madre y me dijo: “Madre, mi única hija se está muriendo. El doctor le ha recetado una medicina que no puede obtenerse en la India, sino en el extranjero. Madre, suplicaba, haga algo por mi hija antes de que muera”. Estábamos hablando, cuando se presentó otro señor con un cajón de medicinas en sus brazos. Y, justamente, en la parte superior de la caja, estaba la medicina que el papá necesitaba para su hijita. Si la medicina hubiera estado más abajo o el señor hubiera llegado antes o después, no la hubiéramos encontrado. Fue precisamente en ese momento, cuando todo tuvo que suceder. Esto me hizo pensar que entre los millones de niños que hay en el mundo, Dios tenía tiempo para cuidar de aquella pequeña,

¹⁴ Gonzáles-Bolado José Luis, *Cristo en los arrabales*, Ed. Paulinas, Madrid, 1974, pp. 185-186.

¹⁵ Arribas Pedro, o.c., pp. 112 - 112.

¹⁶ Ib. p. 114.

*perdida en los barrios de Calcuta. He ahí el amor tierno de nuestro Padre Dios, manifestado a una pobre criatura de Calcuta*¹⁷.

El Padre Pedro Arribas dice que un día hablaba con la Madre Teresa sobre un proyecto para niños abandonados en Caracas. *Ante mis dudas por la dificultad de encontrar un terreno apropiado en una zona superpoblada, me cortó diciendo: Padre, no se preocupe, que si Dios lo quiere, el terreno lo encontrará. Tenga fe y comience a buscarlo. A la semana siguiente, inesperadamente, teníamos la donación de un terreno de seis hectáreas en el corazón de la zona deseada.*



Realmente, Dios es maravilloso y amoroso con sus queridos hijos. Por eso, desea que le pidamos lo que necesitamos con toda confianza: *Pedid y se os dará* (Mt 7,7). *Si vosotros, siendo malos, dais cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a quien se las pide!* (Mt 7,11). Dios quiere que le pidamos, pero también quiere que compartamos lo que tenemos para poder darnos el ciento por uno. *Cada uno dé según se ha propuesto en su corazón, no de mala gana ni obligado, que Dios ama al que da con alegría. Y poderoso es Dios para acrecentar en vosotros toda clase de gracias, para que, teniendo siempre y en todo lo bastante, abundéis en toda obra buena* (2 Co 9,7-8).

Dios no se dejará nunca ganar en generosidad. Por eso, dice: *Dad y se os dará; una medida buena, apretada, colmada, rebosante. La medida que uséis con otros, la usarán con vosotros* (Lc 6,38). No olvidemos nunca el *Dad y se os dará*. Dios nos invita a ser generosos con nuestros hermanos más necesitados. Démosles, sobre todo, nuestro amor sincero, nuestra compañía y nuestra comprensión.

Decía la Madre Teresa de Calcuta: *Hace varios meses, en Melbourne, Australia, acogimos a un hombre alcohólico a quien las Hermanas llevaron al Hogar. La manera como lo trataron y atendieron fue para él una revelación. Dios me ama, decía. Cuando dejó el Hogar, volvió con su familia y sus hijos. Comenzó a trabajar y no probó más una gota de alcohol. Cuando recibió su primer salario, vino a ver a las Hermanas y se lo dio diciendo: “Deseo que ustedes sean para los demás Amor de Dios como lo fueron conmigo”.*

También en esa misma ciudad, fui a visitar a un hombre anciano. Su habitación estaba en un estado horrible. Quise limpiarla, pero me dijo:

¹⁷ Ib. p. 104.

- *Yo estoy bien así.*

Después de rogarle, me permitió que la limpiara. Él tenía en la habitación una bellísima lámpara, cubierta de mucho polvo.

- *¿Por qué no enciende esta lámpara?*
- *¿Para qué? Nadie viene a verme. No necesito esa lámpara.*
- *¿Y encenderá esa lámpara, si vienen las hermanas a visitarlo?*
- *Sí, en ese caso, sí.*

Últimamente, él me envió un mensaje: La luz que encendió en mi vida, todavía brilla en mi corazón.

Hace un tiempo vino a visitarme un hombre muy rico y me dijo:

- *Venga usted y otra hermana a visitarme. Yo estoy medio ciego y mi esposa está al borde de la locura. Nuestros hijos están en el extranjero y nos morimos de soledad. Necesitamos oír voces humanas. Y fuimos a darle la alegría de nuestra presencia.*

*Hay mucha gente que necesita amor, empezando por nuestra propia casa. Dad amor a vuestros hijos, al esposo o esposa, al vecino y a todo el que se encuentre a vuestro lado*¹⁸.

SANTA CATALINA DE SIENA

Santa Catalina de Siena, en su obra *El diálogo*, nos habla de lo que le dice el Padre Dios sobre la providencia divina: *Manifesté mi providencia, de modo general, por medio de la ley de Moisés y por muchos otros santos profetas del Antiguo Testamento... Después de ellos, mi providencia envió al Verbo, que fue vuestro mediador entre mí, Dios eterno, y vosotros. Le siguieron los apóstoles, mártires, doctores y confesores, como te he dicho en otro lugar. Todo esto lo hizo mi providencia y te repito que, del mismo modo, proveerá hasta el fin... Todo lo doy a través de mi providencia: la vida y la muerte, la sed, la pérdida de posición social, la desnudez, el frío, el calor, las injurias, los escarnios y las villanías. Todas estas cosas permito que las hagan los hombres. No que yo sea el autor del mal o de la mala voluntad de los que hacen el mal... Parecerá alguna vez al hombre que el granizo, la tempestad, el rayo que yo envío sobre una criatura, es una crueldad, juzgando que no he mirado por su salud; y lo he hecho para librarle de la muerte eterna, aunque piense lo contrario... Todo lo que hago lo llevo a cabo con providencia, buscando siempre únicamente la salvación del hombre...*

¹⁸ Madre Teresa de Calcuta, *La joie du don*, Ed. Seuil, Paris, 1975, pp. 58-60.

Yo soy la providencia suprema que nunca falta ni en el alma ni en el cuerpo a los que confían en mí. ¿Cómo puede sospechar el hombre que me ve alimentar al gusano en el interior de un madero seco, apacentar a los animales, dar de comer a los peces del mar, a todos los animales de la tierra y a los pájaros del aire, que envió el sol sobre las plantas y el rocío que empapa la tierra, ¿cómo cree que no le voy a dar el alimento a él que es mi criatura, formada a mi imagen y semejanza? Todo lo ha creado mi bondad para su servicio. Por eso, a cualquier parte que mire, espiritual o temporalmente, no encontrará otra cosa que el fuego y la grandeza de mi amor con la mayor y más perfecta providencia... Infinitas son las maneras de la providencia que empleo con el alma pecadora para sacarla de la culpa del pecado mortal... Y, si vuelves la vista al purgatorio, encontrarás en él mi dulce e inestimable providencia en aquellas pobres almas, que perdieron el tiempo por ignorancia... Te voy a explicar ahora algo sobre los modos que tengo de socorrer a mis servidores que confían en mí... A veces, los purifico con muchas tribulaciones para que den mejor y más suave fruto (espiritual). ¡Oh, cuán suave y dulce es este fruto y de cuánta utilidad para el alma que sufre sin culpa! Si ella lo entendiese, no habría nada que con celo y alegría no lo intentase sufrir.

¿Te acuerdas de aquella alma que, llegando a la iglesia con grandes deseos de comulgar y acercándose al ministro que estaba en el altar, él respondió que no le daría la comunión? Creció en ella el llanto y el deseo, y en el ministro, cuando llegó el ofertorio del cáliz, el remordimiento de conciencia. Y como yo trabajaba dentro de aquel corazón, el ministro lo manifestó, diciendo al monaguillo: “Pregúntale, si quiere comulgar, que le daré la comunión”. Yo lo había permitido para hacerla crecer en fidelidad y esperanza... Recuerda a tu glorioso Padre Domingo, cuando hallándose los hermanos en necesidad, habiendo llegado la hora y no teniendo qué comer, mi amado servidor Domingo, confiando en mi providencia, dijo: Hijos, poneos a la mesa. Obedeciendo los hermanos a su mandato, se pusieron a las mesa. Entonces, yo que socorro a quien confía en Mí, envié dos ángeles con pan blanquísimo, en tanta abundancia, que tuvieron para muchos días...

Algunas veces, proveo multiplicando una pequeña cantidad, que no alcanzaría para ellos, como sabes de la dulce virgen santa Inés (de Montepulciano)... Ella fundó un monasterio y en él reunió, al principio, a dieciocho doncellas sin nada, sólo con mi providencia. Una vez, entre otras, permití que durante tres días estuvieran sin pan, únicamente con verduras. Si me preguntas: ¿Por qué las tuviste de ese modo, cuando acabas de decirme que jamás faltas a tus siervos que esperan en ti y sufren necesidad?, te respondería que lo hice y permití para embriagarlas de mi providencia, a fin de que por el milagro que después siguió, tuviesen materia para poner su principio y

fundamento en la luz de la fe. A quien ocurriese algo semejante o distinto, sepa que en aquella verdura o en otra cosa, ponía, daba y doy una disposición para el cuerpo humano de modo que se sentirá mejor con ella y, algunas veces, sin nada en absoluto, que lo que estaba antes con pan o con otras cosas que se dan para la vida del hombre.

Estando Inés volviendo los ojos de su espíritu hacia mí con la luz de la fe, dijo: “Padre y Señor mío, esposo eterno, ¿me has hecho sacar a estas hijas de las casas de sus padres para que mueran de hambre? Provee, Señor, a su necesidad”. Yo mismo era quien la hacía que pidiera. Me alegraba, comprobando su fe y su humilde oración, que me era grata. Extendí mi providencia a lo que me pedía y, por inspiración, hice que una persona le llevase cinco panecillos. Se lo manifesté al espíritu de Inés y ella dijo, volviéndose a las hermanas: “Id, hijas mías, contestad al torno y tomad el pan”. Le di tanto poder al partir el pan que todas se saciaron y recogieron tanto del que había en la mesa, que tuvieron cumplidamente para satisfacer con abundancia la necesidad del cuerpo... Enamórate, hija, de mi providencia¹⁹.

BEATA ESPERANZA DE JESÚS (1893-1983)

Refiere en su Diario la experiencia de multiplicación de alimentos: En abril de 1930, un lunes me encontré sin dinero para la compra habiendo de tomar el pan, carne, leche, huevos y verduras a fiado. El aceite, arroz, garbanzos, lentejas y algunos otros artículos no, por haber en la casa. El aceite y jabón especialmente con abundancia pues en enero se multiplicó de una manera maravillosa, quedando llenas todas las vasijas que había en la despensa: una de 25 arrobas, otra de diez y varias de diferentes cabidas.

La multiplicación de este aceite sucedió de esta manera: Habiendo tenido noticias en enero de que el aceite iba a 19 ptas. la arroba, viniéronme ganas de comprar para todo el año y así supliqué a Jesús que me diese dinero para ello. Pidiéndoselo repetidas veces, dijo una noche: “Pero, ¿dónde quieres colocar el aceite?”. Yo contesté: “En las vasijas que para ello tengo preparadas”. “Yo te digo que todas las tienes llenas”. En efecto, al despertar por la mañana rogué a Madre Pilar que pidiese la llave de la despensa comunicándole a la vez lo que me habían dicho. Con ella y M. Nieves subimos a visitar la despensa y en efecto todo estaba lleno, hasta las vasijas pequeñas que estaban destinadas a otros fines.

¹⁹ Santa Catalina de Siena, *Obras*, BAC, Madrid, 1991, pp. 341-378.

El día 9 compramos 10 kilos de azúcar, 60 libras de chocolate, 7 kilos de fideos, dos latas de atún en escabeche y un queso. Toda esta compra a fiado. Este mismo día díjome Jesús: “Tú has comprado todo esto sin dinero en efectivo, pero yo quiero que tus hermanas vean cómo te dejo la despensa al retirarte el dinero para que jamás puedan decir que la necesidad os ha rendido y que acudes a ellas diciendo que Yo no te doy cuando te has visto perdida”.

El 10 por la mañana amanecieron dos sacos de azúcar de 60 kilos cada uno, 45 kilos de fideos, 19 latas de atún, 180 libras de chocolate además de las 60 compradas de fiado, 10 quesos sin contar el comprado; 3 kilos de café, 28 bacaladas de un tamaño grande, tres cajas de galletas y un aumento considerable de jabón. Con esto la despensa acabó de quedar llena de provisiones.

El día 12 saqué de una de las tinajas como una arroba de aceite para el gasto diario, notando que al ir a cubrirla estaba como antes de haber sacado nada. Lo mismo me ocurre con lo que voy sacando de la despensa.

El domingo 13, segundo de mes, destinado a las visitas de las familias de las niñas, a dos o tres de éstas les trajeron un cartucho de caramelos. Como es costumbre del asilo, ellas los entregaron en seguida, lo mismo que otras a las que habían traído galletas y plátanos. Esto siempre se reparte entre todas ellas, no permitiéndoles que coman nada fuera de hora.

Como postre quise ponerles caramelos y galletas por no tener bastante de una cosa sola para todas. Cuatro o cinco eran las niñas que me preparaban los platos entre tanto que yo depositaba los caramelos en una caja y empezaba a repartir poniendo en cada plato tres galletas y dos caramelos. No había hecho el tercer plato cuando me di cuenta que la caja se me llenaba y al mismo tiempo que yo, también se dieron cuenta las niñas. Estas empezaron a gritar llenas de alborozo diciendo que los caramelos se multiplicaban.

No pude contener, a pesar de mis esfuerzos, la explosión de alborozo y en plan de regañar a las huelguistas, continué haciendo platos poniendo en cada uno de los ya repartidos y de los que restaba de repartir, de quince a dieciocho; haciendo igual distribución con relación a la comunidad, quedó no obstante más cantidad de la que habían traído. El 18 de abril volví a sacar aceite y azúcar notando lo que en la vez anterior: Que no se mermaba.

19 de abril de 1930. Jesús me ha encargado que mañana, festividad de la Pascua, dé a las niñas una comida espléndida, como el día lo requiere y que este gasto no lo anotase en la cuenta que este mes se está haciendo por falta de dinero. Yo le he contestado que bueno, pero después de marcharse me ha venido

la idea de que cómo lo iba a hacer, pues yo no tenía dinero para comprar pagando.

Se lo he comunicado al padre y él me ha dicho que vaya con la libreta y lo tome del mismo establecimiento y veremos lo que después resulta. Al efecto he encargado diez quilos de cordero, dos quilos de jamón, pues, aunque hay en la casa, como me ha dicho, esto no me atrevo a tocarlo, tres quilos de aceitunas, 20 kilos de habas tiernas para el cordero, cosa que gusta mucho a las niñas, cinco docenas de naranjas, dos kilos de salchichón para la merienda de la tarde y cincuenta huevos para la misma merienda.

En la noche del 19 al 20, le dije a Jesús: “Yo ya he cumplido lo que me has dicho, haciendo el pedido para la comida de mañana y anotándolo en las libretas como el padre me ha aconsejado lo haga, pero ahora ¿cómo pagaré yo eso si no tengo nada de dinero y por otro lado Tú me dices que no quieres lo cargue en la cuenta que ya se debe? Sonrióse y sólo me dijo: “¡Te apuras de poca cosa!”.

Al irme a vestir por la mañana me encontré con el dinero que necesitaba para pagar la cuenta. Después de comer en abundancia las niñas, me quedaron seis chuletas o costillitas de cordero, tres o cuatro rodajas de jamón y un poco de salchichón, pero la sorpresa fue que al día siguiente me encontré que tenía costillas para todas, jamón en abundancia y salchichón, pudiendo dar a todas los tres días de Pascua. El segundo día de Pascua, o sea el lunes, tampoco se cargó nada en la cuenta pues incluso el pan se multiplicó.

El 1 de mayo de 1930 volví a ponerme al frente de la cocina, notando que la leche se multiplicaba, por lo que dije a la Madre Priora que trajesen sólo dos litros.

Sor Inés de Jesús afirma: Cuando todavía estábamos en la Congregación de las claretianas, un tres de mayo de 1930, la Madre quería ofrecer un buen almuerzo a las niñas, pero no había nada en la despensa. Me envió debajo de la escalera y encontré un pedazo de carne como de medio kilo y dos patas de cordero. Nos mandó limpiar la despensa y encontramos allí huevos, nuevos quesos, tres tinas llenas de aceite y muchos pedazos de bacalao. Fui a decírselo y ella pidió que estuviera callada y no dijera nada ni a las hermanas, y así preparamos un buen almuerzo y nos sobró para otros días ²⁰.

Sor Inés de Jesús dice: Un día la Madre quería hacer un dulce, pero no sabía cómo hacerlo. Yo estaba en la cocina y, de pronto, ella cayó de rodillas y

²⁰ Sumario, p. 138.

en éxtasis y con los ojos levantados hacia lo alto dijo: “Jesús, vienes a la cocina y te vas a manchar tu vestido”. Todas nos acercamos. Cuando la Madre volvió en sí nos dijo que el Señor le había dicho cómo preparar el dulce, que salió muy bueno y yo lo comí con mucho gusto. Después de la comida repartió caramelos a las niñas y a las hermanas. A mí me tocaron 22. Cuando terminó la distribución, una niña observó que había tantos caramelos en el recipiente como al principio²¹.

En una carta al padre Postíus del 25 de octubre de 1931, escribe: *Jesús continúa ayudándonos. El día 18 la procuradora, al pedirle para un sello, me dijo que no tenía ni cinco céntimos; hube de pedir una peseta al portero. La noche me la pasé llorando... En esta amargura me volví a Jesús, quizás con genio, y le dije: “¿Has tenido valor de pedirme una obra semejante, para dejarme en blanco antes de un año?... Él, como padre cariñoso, hizo que al despertarme me encontrase con dos mil pesetas, pero sin saber quién me las ha dado, pues a nadie vi.*

Jesús suele hacerme alguna visita, aunque breve y no deja de atender a esta casa en todo lo necesario. Ayer me dio 3.000 pesetas y en todo veo su mano, de lo contrario ¡no podríamos vivir, padre mío! ²².

Afirma sor Ana de Jesús: *Un día estaba la Madre en éxtasis y sentíamos que hablaba. Cuando nos acercamos, vimos a su alrededor con gran estupor una gran cantidad de billetes de banco nuevos. Cuando volvió en sí, nos dijo que aquel dinero era para la fundación de la casa de Colloto. Ella no sabía explicar de dónde venía aquel dinero que el Señor le enviaba, pero sabía que había escuchado su oración y creía que le mandaba aquel dinero que cada día iba en los aviones que se caían o en los barcos que naufragaban. De modo que no hubieran servido para nada, mientras que así le servían a ella para hacer obras de caridad ²³.*

Sor Visitación de Jesús certifica: *Un día, durante el Año Santo de 1950, estaba yo encargada de preparar los platos de fruta para los huéspedes. Me di cuenta de que la uva no bastaba para las 500 personas que se iban y para las que estaban por llegar. Angustiada se lo dije a la Madre y respondió: “Ten fe y llegará para todos”. Me puse a trabajar, recitando el rosario y me di cuenta con gran sorpresa que llegó y sobró ²⁴.*

²¹ Sum pp. 136-137.

²² Carta al padre Postíus del 25 de abril de 1932.

²³ Sum p. 101.

²⁴ Sum p. 90.

Refiere el padre Alfredo Di Penta: *Durante el Año Santo de 1950 asistí personalmente a hechos absolutamente incomprensibles. Una pequeña cantidad de pan, de carne, de mantequilla, de pasta, era suficiente en las manos de la Madre para dar de comer a centenares de personas. Ella servía y, a la vez, rezaba en una lengua incomprensible.*

Una tarde no había vino en casa para los huéspedes. La Madre ordenó a la hermana encargada en mi presencia de lavar las damajuanas y llenarlas de agua. A la mañana siguiente, la Madre me invitó a saborear el contenido. Noté con sorpresa y lo mismo los huéspedes que se trataba de un óptimo vino Frascati. A mi pregunta, respondió: “Yo rezo y él los multiplica, los peregrinos son también sus hijos”²⁵.

Continúa el padre Alfredo Di Penta: *La Madre Gema Urtúzar me ha asegurado que una vez la Madre debía comprar un frigorífico de una empresa de Perugia para la Casa del clero, pero no tenía dinero. Al ir al negocio para comprarlo un señor le entregó a la Madre Gema un sobre diciéndole que se lo entregara a Madre Esperanza. En el sobre había la cantidad exacta para pagar el frigorífico²⁶.*

PADRE GIOVANNI SALERNO

Cuenta cómo Dios no se deja ganar en generosidad, ya que el padre Giovanni atiende a niños huérfanos y abandonados de Cuzco en el Perú. Nos dice: *¡Experimentamos cada día personalmente cuán importante es confiar siempre en la divina Providencia! ¿Qué sería de nosotros, si la Providencia no encendiera cada día nuestro horno, y no procurara los cien kilos de harina que necesitamos diariamente para elaborar el pan con el que alimentamos a más de 900 niños y muchachos que asistimos en nuestras casas? Con ellos pedimos cada día a nuestro Padre del cielo, como nos ha enseñado Jesús: “Danos hoy nuestro pan de cada día!”. ¡Y cada día necesitamos 100 kilos de harina! Sin contar vestidos, libros, cuadernos, medicinas, operaciones quirúrgicas, etc.*

Cada día, para llevar adelante esta gran familia, esperamos el milagro de la divina Providencia, por la intercesión de Santa María, Madre de los Pobres del Tercer Mundo. Nuestro Movimiento, profundamente mariano, le reza con espontánea confianza, sin cansarse nunca, para que se repita también aquí el milagro de las bodas de Cana, transformando en alimentos, medicinas, ropa y otras cosas necesarias a tantos niños pobres, la generosa ayuda recibida.

²⁵ Sum p. 41.

²⁶ Sum p. 46.

Un día, un muchacho de 15 años, sabiendo que nuestros niños necesitan de un orfanato más amplio, mejor equipado y más acogedor, me escribió: “Padre Giovanni: por mi cumpleaños, mis padres, junto con mis abuelos y mis tíos, querían ofrecerme un banquete en un restaurante y unos lindos regalos. Yo les dije: “Regálenme algunos metros cuadrados de terreno para el nuevo Orfanato Santa Teresa de Jesús de Cuzco, del que tanto nos ha hablado el Padre Giovanni”. Y así he recogido cinco millones de liras, es decir, el equivalente a 10 metros cuadrados de terreno. ¡Me siento muy feliz al poder enviarte este dinero! Estoy seguro de que la Virgen María inspirará a otros corazones generosos, para alcanzar la meta de ocho mil metros cuadrados de tu Orfanato Santa Teresa de Jesús y de San Tarsicio de Cuzco. Cuando sea mayor pienso ir a trabajar contigo. Con mucho cariño, Lucio”.

La mamá de Edgar murió en el momento de darlo a luz, y así la abuela lo tomó consigo y lo crió durante algunos meses, pero... ¿quién sabe cómo habrá sido alimentado o qué enfermedades habrá tenido? El hecho es que el niño, cuando fue traído a nuestra casa, era todo un esqueleto. Tuvimos que llevarlo al hospital.

Edgar no quería comer, no obstante todos nuestros esfuerzos para alimentarlo. Pero, precisamente en aquellos días, llegó desde Sicilia una voluntaria de 70 años, con los cabellos todos blancos. Edgar, cuando la vio, pensó que era su abuela y se abrazó a ella inmensamente feliz... Desde aquel día comenzó a comer y a mejorar. Y ahora es un joven apuesto, con un oficio que ha aprendido en nuestros talleres.

Desde hacía tiempo tenía una gran preocupación: encontrar un alojamiento en Roma para que nuestros jóvenes tuvieran una especie de “campo base” para tantas gestiones que necesitamos realizar allá, en el centro de la cristiandad.

Pero no lograba encontrar ni siquiera un lugarcito. Peor aún: rehusaron darme alojamiento personas que yo esperaba me hospedarían con gusto. Entonces me dirigí decididamente al Señor, al mismísimo Dueño del Universo entero, y le dije: “Si el Movimiento es tuyo, ¡dame una prueba en Roma!”.

Y el Señor no se hizo esperar. Poco tiempo después, uno de los Socios de nuestro Movimiento compró para nosotros un apartamento, precisamente cerca de la casa de aquellos que habían rehusado hospedarme. Y, grande fue mi sorpresa cuando constaté que, desde la ventana de este apartamento, ¡se ve de

cerca la ventana del estudio del Santo Padre y la Basílica de San Pedro! ¡Más no se puede pedir!

Fue el 3 de diciembre de 1989, cuando se colocó la primera piedra de nuestro Seminario en un terreno baldío, a campo abierto, a las afueras del pueblo de Ajofrín, cerca de Toledo (España).

No teníamos nada, fuera del terreno. Sin embargo, el cardenal Marcelo González, entonces arzobispo de Toledo, me había dado una orden muy clara y decidida: “¡Construye en Ajofrín el Seminario del Movimiento, y construye al mismo tiempo una Capilla bella y grande, porque algún día tus seminaristas deberán explicar allí el catecismo a los niños que acudirán de las casas cercanas al Seminario!”. ¡Palabras que se revelaron proféticas!

Un señor de Ajofrín nos había regalado 14 hectáreas de terreno, sobre el cual podíamos iniciar la construcción del inmueble. Mientras le agradecía de todo corazón su generosísimo gesto, él me dijo: “¡Es la acción más hermosa que he hecho en toda mi vida! ¡No debe agradecérmela!”.

Se colocó la primera piedra el 3 de diciembre de 1989. Pero en aquel momento no teníamos nada, ni para la Capilla, ni para el Seminario. Y cuando acompañé a Mons. Raael Palmero, obispo auxiliar de Toledo, al lugar destinado a la colocación de la primera piedra, sentí un fuerte escalofrío de sólo pensar que nuestras arcas estaban vacías. Pero, afortunadamente, no nos faltaba una gran confianza en la divina Providencia.

Recuerdo que soplaban un gran viento y hacía mucho frío, verme en medio de aquella tierra baldía, desierta, me dije mí mismo: “¿Querrá de veras el Señor este Seminario? Si Él nos ha dado este terreno, también nos enviará el resto necesario para la construcción”.

Pocos meses después, desde nuestro centro de Babylon, en los Estados Unidos, nos informaron de que unos bienhechores chinos de Macao habían enviado un cheque de 250 dólares (así nos dijeron en un primer momento), como primera ofrenda de otras que enviarían sucesivamente. Pero, en una segunda llamada telefónica, nos informaron de que en realidad el cheque no era sólo de 250, sino de 250.000 dólares. Era para nuestro Movimiento, con la esperanza de que algún día nuestros misioneros puedan ir a China a evangelizar aquel inmenso país.

Con aquella suma cubrimos la mitad de los gastos de la construcción del Seminario y de la Capilla. La otra mitad nos fue dada por una pareja de esposos que desde el comienzo de nuestro Movimiento nos ha seguido en silencio y con

amor, permitiéndonos adquirir las casas de Roma, de Sordio (cerca de Milán), de Polonia, y también alguna en el Perú.

Estaba preocupado por no saber cómo procurar la alimentación a nuestros seminaristas de Ajofrín. Como sabemos, la alimentación en Europa es mucho más cara que en el Perú, y me hallaba en un tremendo problema. Tratando de encontrar al menos el cabo de la madeja para solucionarlo, fui a hablar con el panadero de Ajofrín, para pedirle que nos diera el pan duro o sobrante, el que quedara sin vender del día anterior.

Muy pronto llegamos a saber que el dueño del Restaurante Hotel Beatriz de Toledo quería ayudarnos: y así, desde el día de la fundación del Seminario, nos envía el almuerzo y la comida todos los días. Y no nos envía lo que sobra, después de haber atendido a sus clientes. Por el contrario, ¡nos sirve a nosotros antes de atender a sus clientes! ¡Jamás hubiésemos podido imaginar un regalo semejante! De esta manera hemos ahorrado el sueldo de una cocinera y los gastos de las principales comidas.

Y esta gracia dura desde hace más de diez años, no sólo para nuestros seminaristas, sino también para los jóvenes que frecuentan nuestro Seminario para participar en Retiros y otras actividades del Movimiento.

¿Cómo hallar en Madrid, que, como todas las capitales, es el centro de la vida y la actividad de un país, una casa donde poder reunir y hospedar a los jóvenes que van y vienen de Ajofrín, cerca de Toledo, donde el Movimiento tiene su Seminario? ¡Parecía realmente una empresa imposible!

Pero, cierto día, dos Socios de nuestro Movimiento encontraron una casa que parecía haber sido hecha precisamente para nosotros, en un lugar tranquilo, cerca del aeropuerto internacional de Barajas, y la adquirieron. Imagínense que en aquella casa encontramos incluso una capilla con el Sagrario, porque había pertenecido a una Congregación de Religiosas. También esta vez: ¡más no se puede pedir!

Y Dios con su providencia amorosa sigue bendiciendo al P. Giovanni y a sus niños y a sus obras, que se van desarrollando junto con su Congregación en distintos países del mundo.

SAN MIGUEL DE LOS SANTOS (1591-1625)

El padre Miguel tenía mucha confianza en Dios y creía firmemente que lo ayudaría en cualquier necesidad. Veamos algunos ejemplos.

Su Superior, quiso agrandar la casa del convento, porque no alcanzaba para todas las necesidades. Sólo disponía de algunos reales y varios religiosos no estaban de acuerdo con este trabajo, porque el dinero era necesario para el sustento de la comunidad. El siervo de Dios lo animó a confiar en Dios, diciéndole que Dios proveería. *Al día siguiente de comenzar el trabajo, trajeron a este testigo mil quinientos reales de limosna y, a los pocos días, otros 500 ducados. Cuando había alguna necesidad, este testigo le mandaba al siervo de Dios que fuese al coro para pedir ayuda al Señor... Y, de acuerdo a su confianza en la providencia, parecía que el siervo de Dios tenía las llaves de la despensa. Los trabajos se terminaron bien* ²⁷.

Otro testigo afirma que, *cuando el siervo de Dios era ministro del convento de Valladolid y hacía obras; un sábado no había con qué pagar a los obreros. Este testigo fue a decírselo y él le respondió: “Dios proveerá, pues todo está a cargo del Señor”. Al poco rato vio el testigo, que era portero y sacristán, que entró en la portería un hombre de buena apariencia y le dio un pañuelo con una suma de dinero. Eran doscientos reales, pidiéndole que los llevara al Superior. Y preguntándole su nombre o si era para misas, sólo le dijo que los llevara sin más. Al entrar en la celda del siervo de Dios, éste, riéndose, le dijo: “Ah, Bonifacio, cómo desconfías de Dios. ¿Ves cómo ha proveído?”. Entonces preguntó Bonifacio qué le diría al donante y el siervo de Dios le respondió: “Dile que Dios te lo pague”. Pero cuando llegó a la portería, ya no lo encontró y, preguntando a los que estaban allá, nadie lo había visto* ²⁸.

En otra oportunidad, en Valladolid, *quiso alargar la iglesia del convento, pero los religiosos, viendo la gran pobreza del convento, preguntaron cómo quería hacer trabajos, si sólo había diez o doce reales y, teniendo que viajar un religioso, había sido necesario hacerse prestar dinero. No obstante todo esto, al día siguiente hizo llamar a los obreros (doce o trece). Los religiosos no entendían cómo se había comprometido sin dinero. Pero a los trabajadores no les faltó ninguna semana su salario, ni al convento le faltó el sustento diario, de manera que, en poco más de un año, gastó 12.800 ducados sin empeñar el convento, que no tenía entradas. Esto el testigo lo tiene por un gran milagro que*

²⁷ Sumario del Proceso de canonización, p. 55.

²⁸ Ib. p. 56.

hizo el Señor por la gran confianza que el siervo de Dios tenía en su providencia²⁹.

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA

El año 1552, en la noche de san Bernabé, saqueó un corsario muy famoso, llamado Dragut, la villa de Cullera, donde hizo grande daño. En sabiendo la gente que había matado y la que había cautivado, los bueyes y animales que había desjarretado, el trigo, vino y aceite que de muchos pobres labradores echó a perder y otros grandes males que allí hizo, sin que nadie se lo rogase, llamó al padre Verdolay... y a su limosnero y dos criados, les dio 800 ducados, y en paños otro tanto, para que sin detenerse fueran allá y rescatasen los cautivos; a las pobres mujeres que quedasen viudas las consolasen y ayudasen con su limosna, y a los pobres labradores les diesen dinero para proveerse de trigo, vino y aceite según el daño recibido y les comprasen bueyes y mulas para su labor. Y cundió tanto esta limosna que, referían sus criados como testigos de vista que ayudaron por sus manos a la distribución de aquel dinero y ropa, que rescataron todos los cautivos, proveyeron a todos los pobres de todo lo necesario y dieron a las que quedaban viudas y pobres mucha limosna, de suerte que sumado después lo que habían dado... era doblado de lo que sacaron de Valencia en dinero y paños y que, evidentemente, había multiplicado nuestro Señor aquella limosna por tanta piedad y beneficio³⁰.

Nuestro santo era sencillo y extremadamente amable con los pobres a quienes recibía, sin hacerles esperar, en una sala grande donde se sentaba con ellos en una silla baja para que con confianza le contaran sus problemas. A todos consolaba y ayudaba. *Sucedió muchas veces, según dice el Maestro Porta, que venían algunos pobres a buscarle y, encontrándose con el arzobispo en aquella sala, no lo conocían viéndole solo y con un pobre hábito. Le decían: “¿Dónde está el señor Visitador?”. Les decía: “Aguardad, yo lo llamaré”. Y sin detenerse, iba él mismo al aposento del Visitador y lo llamaba y le decía: “Mirad lo que aquí os piden, despachadlos por vuestra vida presto y con caridad, porque parece pobre gente y es pecado hacerles perder tiempo... Algunas veces, siendo ya de noche, si no estaba a mano el criado que había de alumbrar al que se iba, él mismo tomaba la vela y lo alumbraba hasta que acudía algún criado de su casa³¹.*

²⁹ Sum p. 57.

³⁰ Salón Miguel Bartolomé, *Vida de santo Tomás de Villanueva*, Valencia, 1588, (Nueva edición de 1998), pp. 320-321.

³¹ Ib. pp. 174-175.

SANTA MARAVILLAS DE JESÚS

Jesús velaba sobre sus esposas, de modo que nunca les faltó lo más imprescindible para su subsistencia material y espiritual. Jesús las cuidaba y protegía de los peligros y ellas compartían con otros lo poco que tenían.

*Durante la guerra, el piso de Claudio Coello se convirtió en un Carmelo. Lo material escaseaba. Por la noche había que poner los muebles unos encima de otros, para poder echarse por el suelo, por las habitaciones y los pasillos. Cuando tenían unas algarrobas para comer ya era un banquete. Aunque siempre expuestas a mil peligros, sin embargo, la paz y la alegría eran completas. La Madre era el alma de la comunidad que las alentaba, las contagiaba de su serenidad y su confianza plena en Dios. Cuando había algún riesgo era ella la que salía siempre; iba a buscar al confesor, o a llevar la comunión a otras religiosas, o a gestionar pasaportes para todas*³².

A pesar de la escasez daba de lo poco que tenía y siempre el Señor la bendecía, dándole mucho más. Por hacer caridad, muchas veces expuso su vida en el tiempo de guerra, yendo por la calle a llevar la comunión a otras religiosas o darles víveres de los pocos que tenían.

Jesús las proveía de todo lo necesario en los momentos difíciles. Ella dice: *Me encantaría pasar privaciones por el Señor, pero más devoción aún me da ver la amorosísima providencia con que nos cuida y regala sin que nos falte nada. No cabe duda de que las cosas se multiplican*³³. Esto lo dice, porque tenían un poco de aceite en una vasija que nunca se acababa. Y ella repartía de ese aceite al convento de Mancera.

Escribe: *Me alegro de lo del aceite sobre todo por Mancera que deben andar muy mal. Aquí no sabemos nada, pues debíamos andar peor, que dan mucho menos en el suministro de Ávila, pero no miramos la vasija de aceite y seguimos sacando. Bendito sea Dios... Es buenísimo tener que estar abandonadas a la providencia y crea que estamos contentísimas y sin la menor preocupación. Claro que, como vemos por experiencia, cómo acude el Señor a remediar las necesidades es que se queda uno asombrado. Hace unos días no teníamos nada y hoy hemos podido dar de comer a mucha gente*³⁴.

³² Recuerdos de sor Josefina de Santa Teresa.

³³ Carta a la Superiora del Cerro sin fecha.

³⁴ Carta a la Priora del Cerro de los Ángeles, sin fecha.

SOR RITA MONTELLA

Augusta Dotti declaró el 16 de noviembre de 1998: *Un día me dijo sor Rita: Con este poco de arroz he podido saciar el hambre de muchos niños. Le pregunté de dónde eran y me dio todos los detalles.*

Todos los días durante un tiempo hacía viajes en bilocación para ayudar a un anciano de Cerdeña. Según declaró Deanna Ceccarelli, ella le llevaba a sor Rita, panetones, chocolates, huevos de Pascua y otras cosas. Sor Rita le manifestó: “Lo llevo a un anciano y a muchos niños y les hago rezar un avemaría”.

Algunas personas llevaban paquetes con ropa y víveres. Le preguntaron a la Superiora Madre Bernardi adónde iban. Les respondió: *Rita los hace llevar a su celda y después no sabemos más. Sor Rita dijo que los distribuía cuando las religiosas estaban comiendo. “Yo como en cinco minutos y me voy a mi celda y viajo (en bilocación).*

A veces ayudó a 50, 60, 100. Otras veces a mil. A Marcelo Catarelli le manifestó sobre sus donaciones: Todo lo que has traído es llevado lejos y multiplicado por mil como los cinco panes y dos peces que multiplicó Jesús ³⁵.

La Madre Pieroni escribió en una carta: *Ella nos multiplica el pan, que nos viene de fuera como limosna, de modo que ya no lo hacemos nosotras ³⁶.*

BEATA ELENA AIELLO

Elena fue a la prefectura de Cosenza a buscar ayuda económica para la Obra y le concedieron 10 kilos de pan cada día y 250 liras mensuales. Un día no había pagado el recibo de la luz y se la quitaron, debieron pasar toda una semana sin luz. Se fue a la Sociedad eléctrica, pidiéndoles comprensión y colaboración. El director, no solo le conectó la luz de inmediato, sino que ordenó que nadie la molestara, si no podía pagar el recibo.

El 11 de septiembre de 1935, mientras Gigia estaba con sus hermanos en Bucita, Elena pasó la noche con mucho dolor. Por la mañana, muy cansada, comenzó su actividad normal. No había nada para comer. Sor Ángela le pidió dinero para la comida y en ese momento entró un sacerdote que pidió permiso

³⁵ Aurino, *Sodali per Cristo*, pp. 332-334.

³⁶ Aurino, *Suor Rita Montella, studio dei singolari carismi*, p. 212.

para celebrar la misa en la capilla. Elena le rogó a sor Ángela que primero fuera a oír la misa y que el Señor proveería.

Después de la elevación se sintió en la capilla un fuerte perfume. Elena, que rezaba el Oficio de la Virgen, vio en el libro, en la segunda página, entre la estampa de la Virgen Dolorosa y la de Santa Teresita, un billete de 50 liras. Estaba segura de que no lo había dejado allí. Terminada la misa y, dadas las 50 liras para la comida, mandó a las niñas que fueran a la capilla y allí, delante de todas, pidió al Señor que mandara otras 50 liras al mismo lugar de su libro para asegurarse de que no habían sido dejadas por nadie en particular, sino por la providencia divina.

Por la tarde, al rezar las últimas oraciones, se advirtió de nuevo un fuerte perfume como en la mañana. Elena no quiso abrir su libro. Se lo pasó a sor Teresa, quien encontró otras 50 liras con un escrito que ponía $50+50=100$. Al día siguiente por la mañana le contó el hecho al confesor, canónigo Mazzuca, que quiso ver el billete de 50 liras.

En 1934, en la víspera de San José debía pagar al señor Pietro Rizzo el importe por un quintal de aceite. Elena reunió a sus huerfanitas junto al altar para rezar a san José. En la tarde se presentó un bienhechor con una limosna, que era exactamente lo que correspondía al pago del quintal de aceite.

Un día de 1937 faltaba el pan y le dijeron a la hermana encargada que fuera a pedirlo como otras veces a crédito, pero la hermana no se atrevió, porque debían el pan de mucho tiempo. A la hora de comer, se dieron cuenta de que faltaba el pan. Elena oró interiormente al Señor y en ese momento un guardia municipal tocó la puerta para entregar 36 kilos de pan que habían decomisado esa misma mañana.

Otro día las niñas le dijeron que en la cocina solo había pasta. Ella las llevó a la capilla y les dijo: *Rezad y veréis cómo el Señor provee*. Al poco rato Elena fue llamada y le llevaron 18 kilos de peces.

En 1938 sor Ángela recibió a un señor que visitó el Instituto y entregó una limosna de 5.000 liras. La hermana quedó asombrada y le explicó al bienhechor que, precisamente, esa era la cantidad que el panadero solicitaba como deuda al Instituto.

SANTA MARÍA SOLEDAD TORRES ACOSTA

Muchas veces la Madre Soledad se sentía angustiada por la urgencia de pagar a los obreros o de cancelar las compras realizadas. En esos casos, acudía al Amor de los Amores, a su esposo Jesús, y, llorando, le pedía ayuda para solucionar sus necesidades. Jesús nunca le falló, pero en ocasiones le hacía sufrir hasta el último momento para fortalecer su confianza en Él. Veamos algunos ejemplos.

Mucha era la pobreza que en aquellos tiempos teníamos; así que uno de esos días en que yo estaba en la cocina, como no me hubiese traído la carne, me fui a la Madre Soledad y se lo dije. Bien sabía ella el motivo y me dijo: “Mira, no tengo más que diez reales para daros de comer”, queriéndome dar a entender con esto, que por eso no se había traído carne, y añadió: “Pero no nos apuremos que Dios proveerá”. Estas palabras las dijo, sin duda, con verdadera confianza en la divina providencia, confianza que Dios premió al momento, pues al poco rato vino muy contenta y me dijo: “¿No te dije que Dios proveería?, pues mira, ha venido un caballero y me ha traído esta limosnita. Voy corriendo para que te traigan la carne. Yo creo que eran 16 duros”³⁷.

La Madre Saturnina Santiago declaró que, al principio de la fundación, muchas veces la Madre Soledad se encontró sin tener que dar de comer a las hermanas. Se iba a la capilla y le decía a la Virgen: *Madre mía, ya ves cómo estamos; no lo hagas por mí, que soy indigna, pero sí por estas pobres que vienen llenas de entusiasmo a tu casa y, al ver tanta pobreza, se irán. Y siempre la Virgen remediaba estos casos.*

En Almería salieron dos hermanas, acompañadas de un sacerdote, a pedir ayuda de puerta en puerta por la ciudad. Tres días estuvieron en esta postulación. Uno de esos días la señora María de Burgos fue a ver a la Madre Soledad, que hacía de portera y cocinera. Le entregó una fuerte suma de dinero y la Madre, llorando a sus pies, le dio las gracias, diciéndole: *Doña María, Dios se lo pague, porque ya no tenía ni un céntimo para darles de comer.*

Un día un desconocido se presentó al anochecer, preguntando si podía ver la obra de la iglesia que estaba parada. Preguntó cuánto costaría terminarla y entregó una fuerte cantidad de dinero sin querer admitir recibo ni decir quién era. Solamente pidió que lo encomendaran al Señor³⁸.

³⁷ Santa María Torres Acosta vista por sus hijas, Roma, 1984, p. 75.

³⁸ Zugasti Juan Antonio, *La Madre Soledad Torres Acosta*, Salamanca, 1978, pp. 330-331.

La señora María Santos que fue novicia en 1857, declaró: *Un día en que por falta de recursos nuestra Madre se encontraba muy apurada, me dijo: “Ven, hija mía, busquemos pan”. Y fuimos a visitar a la reina Isabel II, que tanto la quería. Le ofreció 18.000 reales, que fueron entregados por uno de sus ministros el que, al entregárselos, dijo a la Madre: “¿Tiene usted bastante?”. Sí, señor, bendito sea Dios en sus dones* ³⁹.

José Almaraz declaró: *Una vez la Madre debía pagar 8.000 pesetas. Cuando yo fui en la tarde por encargo de mi tío a llevarle esa suma, me encontré con ella que salía de la capilla y le estaban dando un sobre que había dejado un señor desconocido y que se había ido sin más. El sobre contenía 10.000 pesetas. Y así pudo superar aquella necesidad y no tuvo necesidad de la ayuda que le prestaba mi familia* ⁴⁰.

En otra ocasión, afirma sor María Miguel, *mientras yo asistía al padre Potenciano (confesor de la Madre cuando era niña) le oí decir que una vez se presentó delante del edificio en construcción de la Casa Central un carruaje y la señora que iba en él preguntó por qué estaba parada la construcción. Al decirle que por falta de fondos, entregó 25.000 pesetas y se fue sin querer decir quién era* ⁴¹.

Cuando fundó la casa de “Puente la Reina”, al despedirse de las hermanas y ver afligida a la Superiora por la falta de dinero, le dio seis pesetas y le dijo: “Tenga ánimo y confíe en la providencia, porque Dios proveerá”. Después que la Superiora regresó de despedir a la Madre en la estación, un señor desconocido tocó la puerta y le entregó una onza de oro ⁴².

Una vez en que estaba en dificultades de dinero, se presentó en la Casa el obispo fray Ceferino González y, reuniendo a la comunidad, le entregó a la Madre un puñado de monedas de oro, diciéndole: *Madre, estas medallitas son para sus hijas*. En otra oportunidad se presentó el marqués de Urquijo y se ofreció a colaborar con un escudo cada día hasta la terminación del edificio. Este señor consignó también al Banco de España la suma de 75.000 pesetas, que era la deuda que tenía pendiente la Congregación ⁴³.

Sor Inés Medina recuerda lo siguiente: *Un día, durante la construcción de la Casa general, no había dinero para pagar las deudas. La Madre abrió el cajón de su mesita y, sin saber cómo, encontró todo el dinero que necesitaba*

³⁹ Zugasti, p.88.

⁴⁰ Sumario de la Positio super virtutibus, p. 357.

⁴¹ Sum, pp. 364-365.

⁴² Sum p. 373.

⁴³ Sum p. 377.

para pagar las deudas. La Madre, sorprendida, hizo la señal de la cruz y dio gracias a Dios. Yo estaba presente en ese momento ⁴⁴.

Sor Asunción Barona nos dice: *En ocasión de estarse haciendo la obra de esta Casa de Madrid, se hallaba un día muy apurada por no tener con qué pagar a los operarios que trabajaban en la iglesia. Llamó a un pobre para que hiciera una alberca en el jardín de esta casa, y mandó que le dieran tres tazas de caldo en nombre de la Santísima Trinidad, porque el pobrecito estaba helado de frío; y nuestro Señor se lo recompensó muy bien, pues aquel mismo día llamó a la puerta un desconocido que le entregó 3.000 reales, con los cuales salió de aquel apuro, sin que se pudiera conseguir que el desconocido dijese su nombre ni admitiese recibo. Ella, en aquel instante, se fue a dar gracias a Dios nuestro Señor y a la santísima Virgen, lo cual hacía siempre que recibíamos limosnas* ⁴⁵.

En los *Apuntes historiales* se refiere que un día la Madre estaba afligida, porque había que pagar a los obreros y no tenía cómo. Sor Consuelo Touriñán con otra hermana salieron a pedir por Madrid. Eran las once de la mañana y no habían recogido nada. Llegaron a una casa y, al verlas, la portera, informada del objeto que las llevaba, les dijo: “Hermanitas, en el principal no llamen, porque es una familia judía que nada les dará”. Consultaron entre sí y decidieron llamar. La puerta se entreabrió tímidamente, saliendo una señora, que diciéndoles que esperasen, volvió a cerrar. Al cabo de un rato de espera, vieron abrirse la puerta como antes, pero presentándoles en una bandeja 40 duros en plata, como limosna para la obra. Apenas acertaban a creer lo que veían, tal fue su asombro. En este acto reconocieron el poder del Señor y con alguna otra limosna que recogieron, pudo la Madre pagar aquel día a sus pobres jornaleros, bendiciendo al Señor, que tan prodigiosamente se dignaba consolar su ánimo y espíritu ⁴⁶.

En los momentos difíciles en que no tenía dinero para comer o para pagar las deudas acudía al sagrario y a la Madre de la Salud y decía a todas llena de confianza: *Dios proveerá.*

⁴⁴ Sum p. 380.

⁴⁵ Apuntes sobre las Fundaciones, Roma, 2001, p. 110.

⁴⁶ Apuntes, pp. 109-110.

BEATA MARÍA PILAR IZQUIERDO

Con santa Teresa de Jesús tenía la sierva de Dios mucha familiaridad, porque en una ocasión, estando en Bravo Murillo, me dijo cómo había estado santa Teresa a verla y, cogiendo el “Pocholico” (Niño Jesús) en sus brazos, se paseaba por el cuarto, haciéndole mil caricias ⁴⁷.

Afirma el padre Daniel Díez: En una ocasión, necesitando socorrer la sierva de Dios a una persona que, aunque era rica, no tenía para remediar su hacienda de una hipoteca, la Madre, completamente confiada en santa Teresa, le pidió que se remediara su necesidad. Y fue la misma santa quien personalmente le dio las 25.000 pesetas que necesitaba para pagar esa hipoteca. Cuando dicha señora se las devolvió a la Madre, la sierva de Dios me preguntó a quién restituía esas pesetas. Yo le dije que a santa Teresa cuando se las pidiera o cuando la viera. Y, por esta inquietud de conciencia de la Madre, supe que santa Teresa había sido la donante... A Santiago apóstol también lo quería mucho y le pedía que le diera fortaleza, decisión y valentía en los designios del Señor ⁴⁸.

En otra ocasión, no teniendo nada y necesitando operar a mi hermana Lucía de un problema gástrico muy delicado, también le pidió a santa Teresa que la remediara en esta necesidad y el operador, doctor Antonio Casanova, especialista de fama, se anticipó a decirle que nada cobraría ⁴⁹.

Santo Tomás de Villanueva nunca le negaba su limosna y san Antonio de Padua le solucionó el problema angustioso de la firma de las escrituras de las casas (de Vallecas y Bravo Murillo), el 15 y 22 de junio de 1940 ⁵⁰.

El padre Daniel aseguró que la Madre le mandó llevarle una vela a san Antonio de Padua en agradecimiento a la parroquia de San Pablo de Zaragoza y este favor me lo recordaba agradecida muchas veces. Y le ponía puchericos de agradecimiento durante varios años ⁵¹

⁴⁷ Carmen Traín, Summariun super dubio, volumen 2, Roma, 1992, p. 185.

⁴⁸ Daniel Díez, Ib. p. 443.

⁴⁹ Carmen Traín, Sum p. 185.

⁵⁰ Daniel Díez, Sum p. 443.

⁵¹ Daniel Díez, Sum p. 471.

SANTA LIDUVINA

El año 1423 murió Guillermo, el hermano de Liduvina. Tenía varias deudas, que sus dos hijos pequeños no podían pagar. Liduvina tomó algunas joyas de la herencia de su madre y mandó venderlas. Le dieron ocho libras holandesas o poco más. Llamó a su cuñado Nicolás, que vivía en la misma casa, y lo envió a los acreedores para pagar las deudas con ese dinero. Después de pagar a todos, le pidió a Nicolás que viera cuánto quedaba en la bolsa. Quedaban otra vez ocho libras y, desde ese día, llamó a esa bolsa la “bolsa de Jesús”, y de ella distribuía a los pobres. Nunca faltaba dinero en la bolsa, porque daba limosna a los pobres.

Después de pagar las deudas dio a los pobres más de 40 libras de la bolsa, como ella reveló a algunos amigos suyos. Después de esta revelación, durante los cinco o seis años que todavía vivió, siguió dando a los pobres y, cuando murió, encontraron en la bolsa ocho libras como al principio ⁵².

Balduino, el sobrino de Liduvina de doce años, la cuidaba en los últimos tiempos. Había una vasija con agua de la cual ella solía beber. Cerca de la fiesta de la natividad de la Virgen María, le pidió a su sobrino que colocara la vasija cerca de su lecho. Por la mañana le mandó a Balduino que bebiera. Él encontró que estaba llena, cuando el día anterior estaba a medias. Además la bebida no era agua sino una mezcla agradable de cinamomo y de otras cosas. De esta vasija milagrosa, muchos bebían y todos disfrutaban de ese suavísimo licor ⁵³.

Con frecuencia Dios premiaba su caridad con verdaderos milagros. Un día vio entrar a una mujer epiléptica que mendigaba el pan de puerta en puerta. Estaba devorada de una sed ardiente y pidió de beber. Liduvina le hizo señas para beber de una vasija, que estaba medio llena de vino. La mujer la vació. Cuando en la tarde, Liduvina quiso tomar un poco de vino, por estar también ardiendo en fiebre, le pidió a su padre. Él encontró el cántaro lleno hasta el borde. Era un vino exquisito, que durante mucho tiempo no disminuyó a pesar de beber regularmente ⁵⁴.

Tomás de Kempis declara que este vino duró desde la fiesta de San Remigio, 1 de octubre, hasta la Inmaculada Concepción de la Virgen María, el 8 de diciembre.

⁵² Vita prior, pp. 78-79.

⁵³ Vita prior, p. 135.

⁵⁴ Brugman coloca este hecho en 1400.

Casos semejantes sucedían de distintas formas. Un año Liduvina pudo asistir a 36 familias con las provisiones que había comprado para tres pobres. Sus parientes se dieron cuenta de que los recipientes con los guisantes se vaciaban muy lentamente. Ese año, después de Pascua, las provisiones solamente se habían agotado hasta la mitad, a pesar de tantas limosnas y de usarlos para la comida normal de todos los de la casa.

Otra vez Liduvina pidió prestado un poco de jamón a un amigo. Éste quedó muy sorprendido cuando regresó a su casa y encontró colgado en su sitio una pieza mucho más grande y hermosa que la que había prestado a Liduvina.

Un día una señora le mostró una pieza de tela con la que quería hacer un vestido para ella y otro para su hija. Liduvina la comprometió a hacer una sotana para un sacerdote pobre que ella le nombró. La señora midió la tela y la tela pareció multiplicarse, pues alcanzó para la sotana y para los dos vestidos.

SANTA CLARA DE MONTEFALCO (1268-1308)

Su hermano Francisco afirma en el proceso: *Era tanta la fe que tenía que, cuando había un solo pan para comer, lo dividía muchas veces por tres o cuatro partes y Dios las socorría para que no faltara y aquello poco aumentara (Deus eis subveniebat nec deficeret sed faceret illa pauca augmentari)* ⁵⁵. En estas palabras se está diciendo que Dios, en algunas ocasiones, se gloriaba en sus esposas, haciendo la multiplicación de los alimentos para que no les faltara de comer. Pero, en otras oportunidades, hacía que lo poco que comían les alimentara como si hubieran comido lo suficiente.

Y sigue diciendo Francisco: *Las mismas religiosas me decían que comían y se sentían satisfechas en la mayor pobreza con más alegría y suavidad que cuando abundaban de cosas temporales. Dios infundía en los alimentos un sabor tal que se sentían contentas. A veces, Clara hacía comidas de hierbas con aceite y cortezas de pan y esas viandas tenían tal sabor que las hermanas comían con más gusto que si hubieran comido otras cosas sabrosas de queso y huevos, como cuando tenían en abundancia* ⁵⁶.

El mismo Francisco da a entender que había cosas inexplicables, como milagrosas, y asegura que Clara tenía tanta compasión con los pobres que por ellos, a veces, lloraba. En ocasiones, cuando venían muchos pobres a la vez, los recibía con alegría y caridad, dándoles lo que podía casi milagrosamente, porque,

⁵⁵ Testigo 45 del Proceso de canonización, p. 273.

⁵⁶ *Ibidem*.

siendo pobrísima, parecía abundar maravillosamente (*quasi miraculose abundare mirabilites videbatur*)⁵⁷.

SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT DE CHANTAL (1572-1641)

Una vez, no sabiendo de dónde sacar para mantener a su Comunidad, confió amorosamente este cuidado a la celestial providencia, cuando he aquí que un desconocido llama a la puerta y dice a la portera: “Haced que venga la Madre de Chantal”. Cuando llegó ésta, púsole en la mano un papel sin decirle lo que era. Solamente le dijo: “Señora, el que os envía esta limosna os pide que roguéis por él”. Y se marchó sin añadir más.

*Nuestra digna Madre volvió a la Comunidad, pues era tiempo de recreación. No había aún abierto su papel, que desplegó ante todas las hermanas y encontró en él ochenta escudos. Las lágrimas se agolparon a sus ojos con humilde gratitud hacia la divina bondad, y llevó a todas sus amadas hijas a rendir acciones de gracias al autor de todos los bienes. De allí a algún tiempo, encontrándose un poco apurada, no teniendo con qué comprar una custodia de plata, apenándola dejar el Santísimo Sacramento en una de estaño, rogó a este divino Salvador que, puesto que tanto se cuidaba de sus esposas, tuviera también cuidado de sí mismo; lo que hizo, y cuando menos se pensaba, una persona desconocida vino de nuevo a llamar a la puerta, y sin querer decir su nombre, entregó una custodia de plata sobredorada, rogando con insistencia que la utilizaran lo antes que fuera posible*⁵⁸.

Una Superiora iba una vez apresurada al arca del convento para sacar cierta suma para una necesidad urgente. No encontró sino una miserable moneda, y sonriéndose las hermanas al ver esto, le preguntaron alegremente si el ángel Rafael no completaría la suma. La Madre, sin turbarse, levantó los ojos al cielo como para despertar a la amable providencia, según la expresión de las antiguas “Memorias”. En ese momento llamaron a la puerta. Era un sujeto que traía cien luises de oro. “Hijas de poca fe, dijo entonces la Superiora, ¿os convenceréis al fin de la fidelidad con que cumple Dios sus promesas?”.

⁵⁷ Ib. p. 272.

⁵⁸ Chaugy Francisca Magdalena de, *Santa Juana Francisca Frémiot de Chantal*, Madrid, 1928, p. 205.

SANTA LAURA MONTOYA (1874-1949)

Un día unas hermanas, caminando por la selva con un calor agobiante, tenían mucha sed. *Al fin, cansadas y ya con difícil respiración, rogaron a Dios que les diera valor para poder llegar, y se tiraron sobre un hojarascal tostado por el sol, a reposar algunos momentos; mas, ¡qué alegría!, al mover la hojarasca para formarse mejor sitio de descanso, descubrieron, bien ocultas y bien conservadas, tres hermosas y frescas naranjas, con las cuales, alabando a Dios y entre lágrimas de agradecimiento, calmaron la sed. Los indios decían: “Dios mucho querido con hermanas, naranja ponió pa quitar sed”.*

Por lo pronto, la sorpresa de las hermanas no fue tan grande como lo fue después, cuando, bien averiguado, supieron que en aquel sitio y sus cercanías no había naranjas, ni era posible suponer que transeúnte alguno las hubiera dejado, porque no era vía común aquella y, además, no era época de naranjas en la región.

Total, que si la Providencia de Dios se buscó una mano que tomara estas frutas y las llevara al sitio en donde sus elegidas habían de caer jadeantes de sed, no era posible conocerla ni conjeturar de dónde habían brotado. El hecho fue que constituyeron aquel día la caricia de Dios para las que se sacrificaban por su amor. Aseguran ellas que jamás habían probado tan agradables naranjas, lo cual se explica, porque a “tal apetito, tal manjar”⁵⁹.

SAN JUAN MACÍAS (1585-1645)

En el pueblo español de Olivenza (Badajoz) había una Institución, llamada *Pía Unión de las doncellas de María Inmaculada*. A las chicas pobres les daban todos los días de comer gratuitamente. Cada domingo daban de comer, además de 42 muchachas, a 17 muchachos y varias familias pobres. El domingo 25 de enero de 1949, cuando Leandra, la cocinera, debía preparar el alimento para los pobres en la Parroquia, se dio cuenta de que no tenía más que un puñado de arroz, exactamente tres tazas (unos 750 gramos). Los echó a la olla, diciendo a la imagen del beato Juan Macías: *Hoy tus pobres se quedan sin comer*. Hay que anotar que, en ese pueblo, muy cercano al pueblo donde nació el beato, todos lo conocían mucho y lo invocaban frecuentemente.

Dice la cocinera: *Al cuarto de hora, más o menos, volví a la cocina para vigilar el arroz y observé con asombro que la cantidad aumentaba y el nivel subía hasta el borde de la olla. Al ver el aumento prodigioso del arroz, no dudé*

⁵⁹ Dabeiba p. 268.

en llamar a la madre del párroco que me dijo: “Será necesario utilizar otra olla, porque rebosa...”. Comenzamos a coger arroz y a verterlo en una segunda olla, un poco más pequeña, algo así como ocho litros, puesto que continuaba subiendo el nivel de la olla que estaba en el fuego. Tuvimos que buscar una tercera olla, que nos prestó la señora Isabel. Esta olla era, más o menos, como la primera. Yo comencé a preparar la comida hacia la una del mediodía y retiramos la olla del fuego a las cinco de la tarde por orden del párroco, que estuvo presente, desde cuando pudo observar cómo el arroz aumentaba lo pasábamos de olla a otra ⁶⁰.

El milagro los dejó asombrados a todos los del pueblo que acudían a ver el prodigio. Normalmente, el arroz, después de una cocción de 20 minutos, se deshace y se transforma en papilla. Pero, en este caso, después de cuatro horas, seguía saliendo arroz entero. A los once años del prodigio, testificaron veintidós testigos, todos de edad madura y todos testigos oculares del milagro. Todo ocurrió desde la una hasta las cinco de la tarde, y aquel día se dio de comer a 150 personas. Después de once años, algunas señoras conservaban algunos granos de arroz y fueron enviados al laboratorio de la ciudad de Badajoz para su comprobación científica.

Este hecho milagroso fue debidamente presentado a la Congregación para los procesos de los santos y fue reconocido oficialmente como milagro, que sirvió para la canonización del beato Juan Macías, proclamado santo por el Papa Pablo VI el año 1975.

SANTA MARÍA MAGDALENA DE PAZZI (1566-1607)

Sor Magdalena conseguía con su oración que Jesús multiplicara milagrosamente los alimentos o los enviara por medios naturales.

Sor María Pacífica refiere: *Sor Magdalena nos ayudaba en la cocina y, cuando los alimentos eran escasos y no alcanzaban para todas las hermanas, sor Magdalena los multiplicaba milagrosamente. Así me lo contaba sor María Arcángela, que hacía los trabajos de cocina con sor Magdalena. Una vez en Cuaresma, solo había unos arenques para comer, pero no alcanzaban para todas. Sor María Arcángela le pidió que rezara a su ángel custodio para que inspirase al señor Lapo de Tovaglia, mi padre, que mandara arenques para que alcanzaran para todas. Hecho así, al cabo de una hora, llegó un empleado de mi padre con una cesta de arenques* ⁶¹.

⁶⁰ Composta Darío, *Catorce milagros del siglo XX*, Ed. Rialp, Madrid, 1992, pp. 179-190.

⁶¹ Sum pp. 235-236.

SAN JOSÉ DE LEONISA

Cuando tuvo que predicar la Cuaresma en Castello di Norcia, el párroco le entregó unas habas para su comida. La provisión era pequeña para los días de la misión, pero el padre José la consideró suficiente. Invitó a todos los pobres a comer habas y así lo hizo durante todos los días de predicación. Las habas no disminuían. Por eso el párroco decía: *Esto no es una multiplicación de habas, sino una multiplicación de milagros.*

En Otricoli predicó las Cuaresmas de 1601 y 1609. En este pueblo hizo varias multiplicaciones de alimentos memorables.

Silvestre Taddio refiere: *Cuando yo estaba en el hospital, el padre José llevaba alguna pequeña cantidad de comida y eso poco bastaba para todos, a pesar de que alguna vez llegaban a 25 y 30. Una vez en particular estuve presente y vi que había 17 ó 18 pobres. Yo los conté. Primero los visitó, los limpió, les cortó el pelo y preparó la mesa para darles de comer. Tenía una ollita de menestra y un poco de vino. Comenzó el padre a repartir la menestra y el pan, y el vino, y alcanzó para todos. Yo, viendo esto, me maravillé de que tan poco alimento hubiera bastado para todos*⁶².

La señora Clara De Mari nos dice: *En 1610 vino el padre José y me dijo que cocinase algo para darles a los pobres del hospital. Yo puse unas legumbres aparte. Por la tarde las fui a cocinar y vi que habían crecido antes de meterlas en la olla. Yo quedé asombrada y se lo dije a mi esposo. Y fue preciso meter las legumbres en una olla más grande. Eso sucedió durante toda la Cuaresma. Yo cocinaba las mismas legumbres y siempre bastaban y sobraban de las que él me había dado al principio. Y esto era asombroso, porque en mi casa solo estábamos yo y mi marido, ningún otro. El padre José venía por las tardes y llevaba la olla al hospital y distribuía todo a los pobres y yo decía que no podían bastar para todos; y, sin embargo, Flavio Vituzzi me confirmaba que sí había habido para todos*⁶³.

Tomeo Moricone afirma: *El padre José estaba predicando la Cuaresma en Borbona. Era un tiempo en que había mucha carestía de alimentos. Él mandó comprar un poco de grano para hacer pan y distribuirlo a los pobres en el cuarto domingo de Cuaresma. Consiguió un túmulo y medio de grano. Y de ese poco grano la señora Angela Di Loreto y otra señora sacaron dos canastillos de*

⁶² Da Spirano Gianmaria, *Dio lo mandò tra i poveri, vita di san Giuseppe da Leonessa*, 1967, p. 167.

⁶³ Da Spirano Gianmaria, o.c., pp. 168-169.

pan. El pan lo llevaron a la iglesia de la misericordia, donde estaba el padre y, al día siguiente, invitó a todos, ricos y pobres, a coger el pan que quería por amor de Dios. Los panes pequeños eran unos 400 y había unas 1.600 personas. Todos cogieron pan y algunos tomaban tres o cuatro. Alcanzó para todos y al día siguiente también distribuyó del mismo. Esto fue considerado por todos como un milagro. Yo estuve presente cuando se distribuía el pan ⁶⁴.

SANTA INÉS DE MONTEPULCIANO (1268-1317)

Sucedió en el convento de Proceno que muchas veces se acababa el aceite. *Un día la provisoro fue a avisarle que ya no había ni una gota para cocinar. Ella respondió: “Hija, vete otra vez a ver si hay al menos un poco de aceite”. La provisoro insistió en que había mirado bien y no quedaba absolutamente nada. Inés le contestó: “Créeme, hija, que la vasija no está vacía. Vuelve otra vez y mira”. La provisoro volvió a mirar de nuevo por obedecer y encontró la vasija totalmente llena de aceite. Y lo maravilloso fue que la vasija era pequeña y cabía aceite para pocos días; y duró toda la Cuaresma para todas las necesidades del monasterio* ⁶⁵.

El padre Raimundo declaró: *Mis relatoras me refirieron que una vez faltaba totalmente el pan en el monasterio de Proceno y, llegando la hora de comer, Inés mandó preparar las mesas y que todas se sentaran. Ella las exhortó a tener paciencia. Todas estaban ya preparadas para comer las hierbas como único sustento. Sin embargo, oró al Señor dentro de sí y, terminada la oración, con gran alegría y elevando sus manos al cielo como si quisiera recibir algo de lo alto, recibió un pan, viéndolo las demás que vino de los aires. Dio las gracias a Dios y dividió el pan entre todas. Fue maravilloso ver cómo aquel pan había venido por manos de ángeles* ⁶⁶.

En el convento de Montepulciano, un día no había nada de pan para la comida y se lo comunicaron a Inés. Ella las animó a confiar siempre en la providencia de Dios y les avisó que la ayuda de Dios estaba cercana.

Aún estaba ella hablando, cuando tocaron al torno, y la tornero encontró cuatro panes pequeños; que apenas bastaban para dos hermanas. Pero los tomó como venidos de Dios y los llevó a Inés, diciendo: “He aquí, Madre; lo que usted dijo se ha comenzado a cumplir, y mostró los panes. Inés mandó sentarse y, tomando esos pequeños panes en sus manos, dando gracias, los partió y los

⁶⁴ Proceso de canonización, pp. 150-151.

⁶⁵ *Legenda beate Agnetis de Monte Policiano*, Ed, Galluzzo, Firenze, 2001, escrito por el beato Raimondo da Capua en 1365-1366, p. 28.

⁶⁶ *Ib.* pp. 30-31.

distribuyó. Esos panes crecieron en sus manos, porque todas las hermanas pudieron comer de ellos y quedaron satisfechas y quedaron tantas sobras que pudieron dar a otras personas ⁶⁷.

En el monasterio se criaban y educaban algunas niñas y pedían pan fuera de las horas de las comidas. No había pan y las niñas no dejaban de pedir con palabras y quejas insistentes. Inés llamó a la hermana Catalina y le dijo que les diera pan a las niñas. Catalina respondió que no había ni un poquito, todo se había terminado. Inés insistió en que fuera de nuevo a mirar al arca del pan y les diera del pan que encontrara. Cuando Catalina por obediencia fue a ver, encontró tantos panes que casi no cabían en el arca. Por eso, llena de asombro y alegría, volvió dando gracias a Dios y dio pan a las niñas, y lo que sobró lo dejó para las necesidades del monasterio ⁶⁸.

Otro caso sucedió tanto en Proceno como en Montepulciano. No había dinero para pagar a los constructores y ella, mandando que miraran bien en la bolsa del dinero, que habían visto vacía, encontraban lo suficiente para las necesidades ⁶⁹.

Una hermana, religiosa de la penitencia de santo Domingo, me contó (a Raimundo de Capua) algunos milagros de la santa, mientras estuvo en el balneario de Chianciano. Un día estaban comiendo y faltaba el vino que no podía conseguirse en ningún sitio cercano. Inés, llevada de su espíritu de compasión, mandó traer agua de la fuente. Le trajeron una vasija llena de agua. Entonces Inés levanto sus ojos al cielo y, orando dentro de sí, hizo la señal de la cruz sobre la vasija y les entregó a todos el agua convertida en vino para que bebieran ⁷⁰. Todos quedaron asombrados y ella les prohibió que publicaran el milagro.

SAN GERARDO MAYELA (1726-1755)

En noviembre de 1754 san Alfonso María de Ligorio, Superior general y fundador de la Congregación, lo envió al convento de Caposele. El Superior, padre Caione, le confió el oficio de portero y le entregó la llave de la casa. Gerardo dijo: *Esta llave me debe abrir las puertas del paraíso*. Los pobres, que todos los días tocaban la puerta del convento, se multiplicaron ante la solicitud y generosidad de Gerardo. Acudían más de 200. Algunos religiosos le prevenían

⁶⁷ Ib. pp. 29-30.

⁶⁸ Ib. p. 30.

⁶⁹ Ib. p. 29.

⁷⁰ Ib. p. 54.

que entre los pobres había algunos que eran ladrones, pero él decía: *No importa, Jesucristo también ha robado corazones y llevó al cielo al ladrón arrepentido.*

Tenía permiso del Superior para atender a los pobres y para ello podía tomar de los alimentos del convento. Gerardo con este permiso, tomaba de lo que había para la comunidad. Siempre decía: *Dios proveerá; y siempre Dios le sacaba de apuros o hacía multiplicar los pocos alimentos que había, pero nunca faltaba para los pobres ni para la comunidad.*

Entre los pobres era fama de que se multiplicaba el pan en las manos de Gerardo, ya que iban tantas personas que el pan que había humanamente no podía alcanzar para todos. Algunos declararon que habían visto que, cuando repartía la comida, el cesto estaba vacío y, al momento, sin más, estaba ya lleno de pan para repartir a otros.

En la vida de san Gerardo Mayela se nos dice en el Proceso de su canonización: Se estaba construyendo una casa en la ciudad de Muro por el barrio de la Magdalena. Un día acertó a pasar Gerardo por allí y encontró a los obreros parados, discutiendo a gritos y todos con cara de mal humor. Se trataba de que cortadas las vigas que debían ponerse en el armazón del tejado se dieron cuenta de que no daban la medida. Por más vueltas que les daban no se encontraba solución, no llegaban de pared a pared. Todos rabiaban sin saber contra quién. Se enteró nuestro Gerardo del disgusto y les invitó a recobrar la calma y a poner su confianza en Dios, en la seguridad de que todo se había de arreglar a satisfacción de todos. Luego les hizo volver a probar las vigas por si había alguna equivocación. Lo tenían todo probado y estaban bien convencidos de que no daban la medida. Pero como él se empeñaba en que probaran de nuevo, volvieron a colocar las vigas en el lugar que les correspondía y ahora daban perfectamente la medida. Todos quedaron maravillados (Proceso de canonización ordinario de Muro I, fol 401).

